CANTO XIX.

UNICO HACEDOR DE MARAVILLAS.

Ps. 71, v. 15—Ps. 135, v. 4.

Por doquiera dirijas tus miradas,
Tu espíritu y tu mente, allí aparecen
Del Artífice Inmenso y Soberano
Las huellas sapientísimas grabadas:
Los séres todos á porfía te ofrecen
Magníficas hechuras de su mano,
El cielo gigantesco, el mar y tierra
Y cuanto, en fin, el Universo encierra.
Mas estas maravillas sorprendentes
Cansados ya de ver desde la infancia,
Sólo raros prodigios admiramos,
Y curiosos fenómenos recientes,
Y de ellos en pos va nuestra ignorancia;
Y así el sol y los astros despreciamos
Sin dirigir la vista á su hermosura,
Sin atender á su admirable hechura.
Mas si acaso un cometa amenazante
Su gran barba y sangrienta cabellera
Por el cielo despliega misterioso:
Todos, niños y ancianos, al instante
Corren, se agolpan, y la azul esfera
Contemplan con asombro y alborozo,
Ni les pesa olvidar del sueño blando
Los arrullos, su empeño redoblando.
El letargo fatal luego rompemos
Que nuestras facultades encadena,
Cuando una nueva luz resplandeciente
Con la pupila deslumbrada vemos;
Cuando el trueno magnífico resuena
Mensajero, del Dios Omnipotente,
Y cuando Él mismo, dueño soberano,
Rompe las leyes que fijó su mano.
Las que suspende á veces, en su ciencia
A fin de sacudir el torpe olvido
En que están sumergidos los mortales;
O para protejer con su clemencia

A sus siervos y amigos que ha elegido,
Y admite bondadoso en sus umbrales.
Así Él mostróse á la nación Judía
Que en deplorable esclavitud gemía.
Este pueblo, que Él mismo había apartado
Para sí entre millares de naciones,
Por religión ilustre y ascendientes,
De un yugo infame y cruel había cargado
Faraón entre enormes vejaciones
E insufribles faenas contundentes;
Y con mano terrible lo abrumaba,
Y ya su lenta destrucción tramaba.
Mas Jehová de una vara portentosa
Arma y manda á Moisés que al inhumano
Déspota audaz preséntese y quebrante
La esclavitud del pueblo ignominiosa,
Y cautive á este fin al gran tirano
Y con prodigios sin igual lo espante:
¡Oh, si tu Rey, y tu nación supieran
De esa vara los golpes que os esperan!
Primero se transforma en gran serpiente;
Trífida lengua vibra, y las dentadas
Fauces agita de improviso; fieros
Silbidos lanza, y luego, de repente
Se traga á sus congéneres formadas
Por la turba de magos y agoreros
Que vibraron también mágico acento,
De Moisés emulando el gran portento.
No obstante, otros aún más admirables
Se mostrarán. Su mano levantando
Moisés, el Nilo atónito arredróse;
Y contuvo sus hondas incansables;
Y en rojo oscuro su color cambiando,
De sangre en lago pútrido cuajose,
Y en medio de su curso entorpecido
Se vió languidecer, de sí en olvido.
Ya los peces tan ágiles en vano
Remar con sus aletas intentaban
La masa por romper; pero impotentes
Entre los negros grumos del pantano,
Prisión y tumba miserable hallaban:
Los estanques, los lagos y las fuentes,
Urnas y vasos negro humor vertían,
Ni calmar la sed tórrida podían.
De nuevo eleva el gran Moisés su vara;

Y de ranas inmensa muchedumbre,
Con fuerte craseitar horripilante
Por doquiera de súbito saltara;
Y á borbotones, casas y techumbres
Y palacios invaden al instante,
Y acometen del Rey las amplias salas,
Sin respetar sus esplendentes galas,
Y todo afean entre sus roncos sones,
Ni tomar corto sueño ó alimento
Permite la importuna obscena hueste.
Después de tan gran plaga, cual turbiones
Ennegrecen el vasto firmamento,
Nubarrones de moscos, rara peste,
E invadiendo el espacio por doquiera
Brotan llamando á la embestida fiera.
Como se lanza en el estío candente
Austro vertiginoso en torbellinos,
Así se alza esta nube tenebrosa,
A los ojos robando el sol luciente
En confusos y espesos remolinos,
Y con su púa arremeten belicosa,
Y al marcial éco de su trompa aguda,
Traban la lucha sanguinaria y cruda.
Pésima mosca ó tábano signióse,
[Con el nombre de *asilo* entre Romanos,
Y entre los Griegos de *estro* fué nombrado.]
Ésta, hórrida zumbando, compartióse
En grande escuadra por los aires vanos.
Y á los hombres acosa y al ganado;
Y mientras más bebía, más se excitaba,
Y en arroyos la sangre derramaba.
Vino en pos de esta plaga otra más fiera:
De un golpe corrompiéndose el ambiente,
Se desata una peste desastrosa
Que los ganados todos invadiera
E implacable mataba de repente.
La fuerte yunta avanza muy airosa,
Y caé un buey á plomo en un momento,
Y el otro aún sin vida y sin aliento.
Inclina las orejas abatido
El corcel indomable, belicoso;
Por la hinchada nariz lento respira;
Hiende la tierra, y ya de muerte herido,
Sobre el suelo se tiende tembloroso,

Y la vida y calor se le retira;
Los camellos también pierden doquiera
Las áuras de la vida placentera.
En medio de la grey caé sin aliento
El corderillo, flor de su rebaño.
Más la terrible peste devorante
No osa tocar de Israel el campamento
Ni causar en sus bestias algún daño.
Pasmábase el tirano, mas no obstante,
Su corazón impío no se ablandaba,
Y triste ejemplo al porvenir dejaba.
Moisés arroja un puño de ceniza
Ante la faz del cielo, y nueva plaga
Caé sobre el pueblo, que un ardor horrible
Siente que por su cuerpo se desliza,
Y todo lo convierte en una llaga,
Y lo devora un fuego irresistible:
Mas encanto ninguno ó maleficio
A los magos prestóles su servicio;
Ni con yerbas ó cántiga aprendida
Pudiéranse librar de tan gran peste.
Del Rey, no obstante, la fatal torpeza
Ni su pérfida mente fué vencida:
Mil veces prometió á la hebraica hueste,
Y revocó otras tantas su promesa.
Pero Moisés con más ardiente celo
Alzó la vista al encumbrado cielo:
Sus elementos turba y de repente
Se oyó estallar el rayo majestuoso,
Y llueve sobre Egipto horrorizado [1]
De lluvia y de granizos un torrente;
Retumba por doquiera el tenebroso
Amenazante cielo, desgarrado
Por el ardiente rayo, que bramando
Los bosques y las selvas va arrollando;
Y cual lluvia de piedras el granizo
Oprime con su peso irresistible
Los bosques y pastores y rebaños:
Mas en Gesén algún destrozo no hizo
A la judaica gente, que apacible
Libre se vió de tan terribles daños.

1 Esta plaga ó castigo se hizo más sensible en el Egipto, porque sabido es cuan raras sean las lluvias en ese país que no cuenta mas que con las inundaciones de su caudaloso Nilo, fuente única de la fecundidad de ese suelo.

El Rey aún se obstina, ni en sí vuelve
Ni á libertar al pueblo se resuelve.
Mas de nuevo Moisés á Dios clamando,
Nueva plaga terrible sobrevino;
Nubarrón de lucustas que al momento
Todo lo arranca, todo destrozando
Cuanto dejó el rugiente torbellino:
Ni un bosque, ni un arbusto macilento
Ni un fruto, ni una yerba, ni hoja alguna
Se sustrajo á ese azote con fortuna.
Escuálidos los campos por doquiera
Sus galas destrozadas deploraban;
Gemía la tierra en fúnebres despojos.
Pero el Rey se excusaba y pareciera
Que sus negras entrañas se ablandaban;
Mas apenas todo esto de sus ojos
Desparecía calmando sus terrores,
A sus fraudes volvía y á sus furores.
De nuevo, pues, Moisés su fuerte vara
Amenazante, levantando al cielo,
Llamó y desparramó tiniebla oscura,
Calígine avernal que se palpara
Incógnita hasta entonces á aquel suelo,
Y que el mundo jamás desde que dura
Había visto del hombre en la memoria
O en las páginas vastas de la historia.
Ninguna antorcha ó lámpara podía
Rasgar la sombra de esa noche oscura,
O hacer brillar cual pálidos fulgores
Que consuelo ofrecieran y alegría,
Vislumbrar no podíase la figura
Del más vecino; y solamente horrores
De espectros se miraban; y el oído
Desgarraba un monótono silbido.
Tres noches y tres días fijo quedóse
En su lugar cada uno cual si fuera
Por esposas y grillos aferrado;
Y más el pueblo atónito pasmose
Al ver brillar risueña y placentera
La luz dó el Israelita había acampado.
El rey al fin atónito les dijo:
Id, no os lo impido; y luego se desdijo.
Y más contra Moisés enardecido
Con muerte le amenaza ó con destierro
Si osare presentarse ante su trono.

¡Oh vil y desdichado! has convertido
Contra tí mismo tu sangriento fierro,
Tu horrible maldición, tu negro encono,
Y á tí mismo serás, déspota adusto
Fatal, y á tu hijo y á tu reino augusto.
Cuantos el reino en su extensión tenía
Primogénitos hijos, esperanza
Y encanto de sus madres, juntamente
Bajo las alas de la noche umbría,
Taló la muerte en su feroz pujanza;
Ni al hijo perdonó del rey potente
A quien él su diadema ya aprestaba;
Y el cetro del Egipto aparejaba
Mueren los que de esclava habían nacido,
O aquellos que la púrpura envolviera
Y en rica cuna fueran arrullados.
El llanto y el sollozo y el gemido
Resonaba en las casas por doquiera;
Mirando ¡ay! sus primores destrozados
Las madres, que del duelo en la vehemencia,
Un sueño ésto creían, vana apariencia.
Sin cesar sus hijuelos estrechaban
Las infelices; pero en una roca
Sus torrenciales lágrimas caían
Que esa yerta dureza no ablandaban,
Aunque ellas más y más, boca con boca,
En sus despojos el dolor vertían.
Un paterno sintió fuerte latido
El rey entonces de dolor transido.
A Israel concedióle que á su antojo
Los confines de Egipto abandonara,
Marchándose muy lejos; prontamente
Reuniera de sus reales el despojo,
Y todos sus ganados se llevara
Y todos sus enseres juntamente.
Guardara ¡oh! su palabra y no volviera
A revocar lo que antes concediera.
Mas el rey furibundo en el instante
Capitanes y carros alistando
Cuantos tenía el Egipto, ya violento
Tras de Israel se arroja y anhelante
Sobre él con su escuadrón avanza instando.
Trescientos y más carros su armamento
Formaban y sus tropas por millares,
Yermos dejaran sus tranquilos lares.

Los guiaba Faraón que ya aferraba
Victorioso su presa y aun de frente
Como auxiliar el Ponto se ofrecía.
Mas la hueste enemiga que avanzaba
Viendo Moisés, levanta derepente
Su vara, á la que el Orbe obedecía,
Y del mar Eritreo la onda golpea
Que á tal seña vacila y titubea.
Y luego, ¡oh maravilla! de ambos lados,
Enrrollándose, se abren los undosos
Senos del mar, á guisa de arrogantes
Montes, y entre sus tímidos costados
Se agitan los abismos arenosos:
Y de Israel las huestes anhelantes
Se lanzan al incógnito sendero
Hasta entonces oculto al mundo entero.
También el rey se arroja sin demora,
Creyendo el insensato en su locura,
Para él también aquel camino abierto.
Y ya asomaba la rosada aurora,
Tímida, destellando su luz pura
Del aureo seno apenas descubierto,
Cuando mira Moisés de opuesto lado
Al rey, de su escuadrón acompañado.
Y haciendo una señal, mandó al instante
Que de nuevo las ondas refluyeran
A ocupar su primer movil asiento
Cediendo á su gran mole exhorbitante;
Y ya, tan luego que esta voz oyeran,
Deslízanse en confuso movimiento
Unas con otras con fragor chocando,
Y en tropel sus dominios ocupando:
En sus inmensos vórtices furiosos
Arrebatan y envuelven al insano
Monarca con sus carros esplendentes,
Con su ejército y jefes belicosos.
Los corceles indómitos, en vano
Con fuerte pecho forcejean ardientes
Con los embates de la mar bravía
Que uno tras de otro férvida absorvía,
Y después los vomita al enrollarlos
Entre yelmos, escudos y carruajes
Y mútilos cadáveres marchitos;
Y se rompe otra vez para tragarlos,
Y una tumba les abren sus oleajes;

Ninguno entre escuadrones infinitos,
Nadie huyó del estrago ¡Al Dios potente
Admira ya y adora reverente!

CANTO XX

ANUNCIADOR DE LOS FUTUROS

DECLARA LAS COSAS PASADAS Y LAS FUTURAS, Y DESCUBRE LOS RASTROS DE LAS QUE ESTAN ESCONDIDAS

Eccl. 42, v. 9.

Los hombres siempre de romper ansiosos
El densísimo velo del futuro,
Y de ésto siempre á oscuras; se afanaban,
Suertes y hados sin fin escudriñando,
Por colocarse entre los signos mudos
De cosas y sucesos venideros,
Que ya sobre ellos aletear sentían.
Consultaban la estólida experiencia
De oráculos y vates, las entrañas
Expiaban de las víctimas sangrientas,
Ovejas, cabras, y cornudos bueyes,
Y pronósticos muchos ensayando
En el vuelo y el canto de las aves:
Y cuantas cosas de improviso herían
Sus ojos y pulsaban sus oídos;
Otros tantos agüeros y presagios
De allí sacaban en su oscura ciencia.
Del sol analizaban los eclipses;
Y los afanes con que va alternando
La luna sus crecientes y menguantes,
Conjeturas sin fin les ofrecían;
Y en cuál parte del cielo rompió el rayo;
Qué sitio y con qué aspecto cintilaban
Los astros, y qué signo á cada uno
Tocó por suerte á iluminar su cuna;
Qué notas cabalísticas tenía
Grabadas cada quien en ambas palmas:
Y cuantos sueños y delirios vanos
Abortaba el cerebro monstrüoso
De maléficos, sagas y agoreros.